

Diez años acaban de cumplirse el pasado 25 de marzo, desde la publicación de la Encíclica *Evangelium vitae*, sobre el valor inviolable de la vida humana, por Su Santidad Juan Pablo II. Este documento constituye una llamada urgente y firme a toda la sociedad, sobre dos temas específicos: el aborto y la eutanasia; suceso que resulta una proclamación de la buena nueva del don de la vida, ante la alarmante extensión de lo que ha dado en llamarse la Cultura de la Muerte. El análisis de las amenazas contra la vida, va más allá de la simple condena de tales situaciones, al apuntar las causas que las producen y las raíces de donde proceden. Sólo así es posible sentar las bases de una verdadera Cultura de la Vida. La conclusión de este excepcional documento del magisterio de la Iglesia Católica sobre Bioética, encierra un incitante llamado a “construir, junto con todos los hombres de buena voluntad, la civilización de la verdad y del amor”. En el décimo aniversario de su proclamación, nuestra revista reitera este llamado, que por su permanente actualidad sigue llegando a nosotros como un clamor, en nombre de “el número inmenso de niños a quienes se impide nacer; de pobres a quienes se hace difícil vivir; de hombres y mujeres, víctimas de violencia inhumana; de ancianos y enfermos muertos a causa de la indiferencia o de una presunta piedad”.

Este número de nuestra revista dedica los dos primeros artículos al importante tema de la comunicación interpersonal. Increíblemente, a pesar de que el ser humano es, por naturaleza, un ser de encuentro, una cosa tan simple y necesaria como la adecuada comunicación con los otros tropieza a menudo con dificultades que la hacen casi imposible. A este respecto, el filósofo F. Ebner ha dicho que “todas las dificultades entre las personas provienen de que éstas, rara vez pronuncian la palabra correcta”.

El hombre, como ser-con los-otros, está volcado hacia la comunicación: necesita comunicarse así como encontrar acogida y respuesta. Esto permite afirmar que el hombre existe con los otros dialogando; es lo mismo que afirmar que goza de presencia dialógica. El diálogo es, por tanto, un medio fundamental de relación, además de la manera original de existir el hombre en el mundo. Para que la existencia dialógica sea un modo de existir auténticamente humano, debe reunir las siguientes condiciones: Darse siempre entre dos o más personas; llegar a un acuerdo; comprometer y liberar. Por medio del diálogo, el hombre se hace expresivo, se descubre y se conoce mejor a sí mismo. Al mismo tiempo, se siente reconocido y comprendido por otros. Esta se realiza fundamentalmente a través de la palabra, que constituye una de las manifestaciones humanas que revela con más claridad la estructura de la existencia humana. A través de la palabra, el ser humano se expresa a sí mismo; comunica algo que sabe, reclama la atención de los otros; une, atrae, provoca una respuesta. Siempre es interpersonal.

Sin embargo, el hombre puede fracasar (y, de hecho, fracasa) en su relación con los otros. Esta si-



tuación puede ser vivida como agresividad (rechazo del ser personal del otro); cosificación (se necesita al otro para poder competir con él o para servirse de él); o aislamiento en su propia oscuridad (encerrado en sí mismo).

Abrirse a un tipo de relación plenamente humana y constructiva, es la culminación del proceso de personalización. Ese es el mensaje que traen los dos primeros artículos de este número. El tercero está dedicado a un tema que no había sido abordado con anterioridad en esta publicación: la experiencia lúdico-ambiental del deporte y su vertiente ética. La autora del mismo, intenta justificar desde un punto de vista antropológico, que inspire un diálogo sereno y oportuno, el desarrollo integral de la persona humana, armónica en sí misma, inédita e irrepetible; de igual modo trata de identificar una concepción bioética del deporte e incursiona en la esfera de los valores que este promueve.

En resumen, el hombre es un ser que se expresa y desarrolla como ser-en-el-mundo. El modo concreto en que lo hace depende de la visión que se tenga del mismo en cada contexto histórico o cultural, pero siempre debe tener, como objetivo fundamental, conseguir un nivel cada vez mayor de libertad, justicia, dignidad y solidaridad para todos los hombres y para todo el hombre. Sólo así podremos construir una verdadera cultura de la vida.